

LA MODA



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripcion 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Baile en el Casino, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Revista de teatros, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Una romería en Vizcaya, por D. Gabriel de Bengoa.*—*Fragmento de un poema intitulado La Turroneida, por D. José Gonzalez de Tejada.*—*El suicidio, por Doña Concepcion A. de García Carrasco.*—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*

BAILE EN EL CASINO.

El local del Casino, notable desde su creación por ese sabor de buen gusto y elegancia que ha sabido imprimirle siempre la escogida sociedad que lo frecuenta, acaba de experimentar considerables reformas, las cuales constituyen otras tantas mejoras á cual mas importantes. A los lindos papeles que tapiaban el patio y algunos de los salones altos se han sustituido otros de mayor riqueza y artísticamente bellísimos. La colocacion en el piso superior de las salas de billar, ha permitido dar mucha mas amplitud á los salones, los cuales ocupan ahora los cuatro frentes del patio, el que por haber quedado desembarazado de varios huecos irregulares, permite ahora una decoracion oportuna y bien entendida. No hay allí pormenor, por insignificante que parezca, que no revele ese sentido del buen gusto, que si bien es innato en el que lo posee, se perfecciona con el hábito de ver y de apreciar lo que es esquisito. Es el instinto feliz ayudado por la experiencia.

Pero una sociedad como esta dicho se está que cuenta entre sus dotes la galantería hacia el bello sexo, porque la que acoge con tan cordial urbanidad y afectuosa distincion al forastero y al extranjero no habia de mostrarse menos atenta, delicada y espresiva con sus graciosas y simpáticas compatriotas.

ENERO.

De aquí el que suela dar todos los años y en época oportuna algunos bailes, intermedios por esas agradables reuniones llamadas de confianza, las cuales se diferencian bien poco de aquellos, llevándoles á veces ventajas en punto á animacion y culta franqueza. Y eso se concibe si se atiende á que el nombre entra por mucho en la apreciacion que solemos hacer de las cosas. Hay para quien la palabra etiqueta lleva consigo la idea de algo de sugestion, de algo de gravedad ceremoniosa, y aunque el Casino no acostumbra á hacer uso de semejante fórmula en sus invitaciones, ni menos ha restringido jamás la decorosa libertad en sus reuniones, porque sabe muy bien quienes son las personas que invita, ello es que la palabra confianza suena mejor á los oídos de los que no han tenido ocasion de comprobar el poco fundamento de sus recelos.

El Casino ha inaugurado sus bailes con el año, lo cual es ciertamente buen presagio para el que entra. A las diez de la noche del 31 de Diciembre los criados, vestidos con sus ricas libreas, ocupaban sus puestos respectivos, y poco despues los batientes de las mamparas de cristales comenzaron á girar sobre sus goznes para dar paso á las señoras y caballeros convidados. A mas del alumbrado comun de gas, multitud de arañas adornadas con coronas de flores reflejaban sus cien luces sobre la blanca alfombra del patio, en el centro del cual se habia colocado un magnífico jarrón, de cuyo seno veíanse surgir millares de perfumadas hijas de la primavera.

Esta agradable y deliciosa impresion no se desmentia en el resto del edificio. Las luces profusamente distribuidas, las flores embalsamando por do quier los espaciosos salones, las bellas galerías y las suntuosas escaleras, todo en fin revelaba la esplendidez y el gusto, aunando al genio del arte y á las maravillas de la industria los primores que la naturaleza pa-

rece ostentar gozosa bajo el privilegiado suelo andaluz.

Pero ya se comprende que no eran estos los mejores adornos de la fiesta. Un baile sin damas fuera un árbol sin hojas. Los númenes debían ser, y en efecto lo eran, dignos de la hermosura del templo. Nuestras graciosas, nuestras bellas, nuestras elegantes gaditanas estaban allí, y al sonar de la orquesta se lanzaban á la agitada polka, al grave y culto rigodon, á los galantes lanceros, y tal vez á la melíflua danza, dando vida y movimiento á lo que de otro modo fuera para los mas una mera exhibiciou de trages, de adornos y de galas, que á la postre cansaria pronto, por mas que ella no sea la parte menos interesante de tales fiestas.

En el momento de sonar la primera campanada de las doce, y bailándose á la sazón una polka, sonó con estrépito el tam-tam chino, agitóronse las campanillas, y la orquesta rompió en marcha real. El año de 1859 comenzaba en aquel punto. Bien era festejar de un modo solemne su venida, porque al cabo no es moco de pavo dejar tras sí un año. Esto equivalia á felicitarnos unos á otros por semejante suceso, y á desearnos recíprocamente prosperidades para el nuevo que habíamos tenido la dicha de ver surgir.

La concurrencia, aunque como siempre escogida, y aunque la bastante para dar brillantez al baile, no llenaba los salones cual otras veces. Esto en nuestro entender se explica en parte por pérdidas recientes y enfermedades graves de personas relacionadas por parentesco ó afectó con familias de las mas constantes en tales reuniones, y en parte por la mayor amplitud que se ha dado recientemente á los salones de recibo, lo cual hacia que la concurrencia estuviere mucho mas diseminada de lo que antes estaba. Como algunas de estas causas no son permanentes, esperamos con fundamento que las reuniones sucesivas no dejarán ni aun eso poco que desear.

La oficialidad de la escuadra holaudesa surta en nuestro puerto se presentó con su almirante á la cabeza. Ella debió quedar altamente satisfecha del baile, el cual ha podido darle una ventajósima idea de la cultura y amabilidad de este pueblo, y así lo manifestó repetidas veces por la voz de sus gefes. Nuestros marinos tambien concurrieron en gran número vestidos con sus lujosos y elegantes uniformes, coadyuvando de este modo á la brillantez de la fiesta.

Su éxito no ha podido sorprendernos. Hubiéranos sorprendido lo contrario; porque el

Casino y su direcion nos tienen acostumbrados de antiguo á semejantes maravillas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

REVISTA DE TEATROS.

Escasas han sido las novedades teatrales: corta por tanto habrá de ser nuestra revista de hoy.

En el Principal se ha puesto en escena una zarzuela en un acto de los Sres. Crescy y Puga titulada: *Cada loco con su tema*. A la inesperienza debe pedirse poco, y por eso el público no desairó la produccion, dándola algunas palmadas al final y aplaudiendo la romanza que cantó con singular maestría la Sra. Solera. Halló sin embargo á la zarzuela demasiado llena de música, y en esta sobradas reminiscencias de otras producciones, por otra parte buenas; pero el carácter general de aquella es harto grave, harto serio, y hasta trágico á veces; cosa que cuadra mal con un argumento ligero y ageno de pretensiones. Los yerros, sin embargo, de una primera obra deben servir de estudio para lograr el acierto en las sucesivas.

El diablo en el poder ha hecho poca fortuna. Verdad es que es una produccion endeblesísima en el verso y en la música. Así y todo vá sosteniéndose como puede, merced á que por algunos de los artistas ha sido bien cantada, en especial por la ya dicha Sra. Solera. Al Balon siguen soplándole la fortuna y el viento. En la puerta llueven los catarros y los boletines de entrada.

La empresa, en muestra de gratitud á *Juanita* por haberle hecho la olla gorda, ha concluido por casarla. En efecto, acaba de poner en escena *Las bodas de Juanita*, ya en el otro teatro muy conocida, y donde siempre habia alcanzado grande aplauso. Harto menos lo ha logrado aquí, no por culpa de la novia, sino por la del novio. La Srta. Ramirez ha hecho lo que era de esperar de su gracia y de sus excelentes condiciones artísticas; ¿pero qué hace un buen profesor en una orquesta donde todos los demás instrumentos desafinan á rabiar?

La seccion coreográfica dirigida con singular acierto por D. Ambrosio Martinez, continúa recogiendo grandes aplausos. Verdad es que la señorita Medina es una excelente cosa.

La compañía dramática sigue ganando terreno. Desengáñese la empresa; en ella está el verdadero porvenir de este teatro, si á par

de sus trabajos se utilizan los demás buenos elementos que hoy allí existen; pero no sacrifique lo posible á la esperanza de alcanzar lo imposible. Creemos que se nos entenderá.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

UNA ROMERIA EN VIZCAYA.

Apenas el sol ha coronado nuestras montañas con su franja de oro, y su brillo irradia en las llanuras pálido aun y sin fuerzas, la iglesia ó santuario de la aldea donde se celebra la romería, dá la voz de alerta á su reducido vecindario, poniendo en juego para el efecto cuantas campanas tenga chicas y grandes. Este repique suena alegre y bullicioso en el espacio, llevando el regocijo con el día que anuncia á todas las colinas y hondonadas, llanos y vericuetos que circundan el lugar. Momentos despues déjanse oír los bulliciosos sonidos del tamboril, alegre como siempre.

Hé aquí la chispa eléctrica que ha de poner en conmocion á sus tranquilos habitantes.

De pronto se anima la escena.... ladra el perro, el buey muge, relincha el caballo, y nuestros aldeanos abren puertas y ventanas, quiero decir que las abren de par en par, porque abiertas las tienen siempre: ¡tanta es su honradez y confianza!

Inmediatamente desalojan sus caseríos hombres y mugeres, viejos y jóvenes, chicos y grandes, y todos se dirigen á la iglesia por mil diferentes caminos y con mas ó menos presteza, pero con igual voluntad.... que entre nosotros todo se dedica á Dios (mal que le pese á los filósofos é ilustrados), lo mismo nuestros recreos, que son puros y honestos, y por consiguiente dignos de él, como las desgracias y calamidades que él nos envía.

¡Qué precioso espectáculo! Todo el campo, altos y bajos, montes y llanuras, cubierto de chozas ó tiendas como en día de batalla. Bajo de ellas se afanan las poncheras, que han pasado la noche al raso, en colocar mesas, bancos, cestas y demás, disputando unas y otras el corto espacio adquirido á fuerza de constancia.

En tanto los aldeanos, que van á oír la primera misa, descienden en pelotones, por senderos tortuosos y caminos estraviados, formando grupos mas ó menos vistosos y animados, pero todos llenos de colorines que se dibujan vivos y graciosos á través de las hojas, que los ocultan unos momentos, para aparecer muy

luego á nuestra vista con todo el encanto de su sencilla hermosura.

Ellos visten anchos pantalones sujetos con una faja de lana encarnada, abarcas de cuero graciosamente calzadas, camisa blanca como la nieve, de ancho cuello, en el cual y en sus mangas vereis lucir antiguas monedas de plata, en lugar de los prosáicos botones; un jubon de lana ó una ligera chaquetilla colgada al hombro, chaleco de mil colores y boinas blancas, azules ó encarnadas.

Y ellas la cabeza descubierta, caído el cabello sobre sus espaldas en luengas trenzas que llegan al tobillo; desde su garganta un rosario de perlas rojas ó negras, que tanto es en ellas un adorno como un amuleto; prieto justillo negro, rígido, severo, que solo deja libre la parte superior del pecho que confina con el cuello, oculto á su vez púdicamente entre los pliegues de una blanca camisa; saya corta azul, verde ó encarnada (estos son los únicos colores que imperan en el campo), que llega hasta media pierna; y abarcas de cuero como los hombres, pero sujetas con graciosas ligaduras, ó zapato bajo, algunos con hebilla.

Como veis, estas rústicas doncellas, con toda la libertad que su vida y el campo les concede, cuidan bien de no dejar ninguna parte de su cuerpo espuesta á las miradas del hombre. Siguieran este ejemplo las mugeres de nuestra sociedad, y correrian menos peligros.

Pero no interrumpamos nuestra narracion.

Por una pendiente baja un respetable anciano de nevada cabellera, encorvado bajo el peso de sus años y sostenido cariñosamente por sus hijos y nietos, el menor de los cuales es ya hombre.... que este es el premio reservado á la pureza y moderacion.

De otro lado sube la cuesta una mocetona fresca, colorada y fornida (como son todas) en tierno coloquio con su novio, guapo muchacho, [de fisonomía franca y amable presencia.

Aquí y allí grupos numerosos de viejos y viejas, jóvenes y doncellas, niños y niñas, todos con el vestido de Pascua, muy majos y airosos, muy alegres y contentos.

Llegan á la iglesia, y la jóven se separa de su novio, la hija de su padre, la muger de su marido, y todos y todas se acercan sin confusion ni barullo al pié del altar en el que las doncellas colocan sus ofrendas á la Reina de los Angeles.

Después de concluida la misa salen á la campiña, y ya en ella se sientan los ancianos sobre la yerba ó en bancos rústicos, y los fieles ocupan el lugar de distincion, que es un

banco de madera clavado en tierra para evitar los continuos vaivenes que harian perder su gravedad á los dignísimos miembros del ayuntamiento: hincan sus chuzos en la tierra y uno tras otro se suceden innumerables *aurrescus* y *auchescus*, fandangos y *arinoris*, que ejecutan hombres y mugeres, unos en pos de otros. Algunos hay que lo hacen con todas las reglas y perfeccion del arte coreográfico en su primitiva sencillez, sin afectacion.

Por lo demás, en algunos pueblecillos las muchachas forman un círculo alrededor del que hacen los jóvenes para el *aurrescu*, y todas quietecitas, espuestas á las miradas de todos, con el color de la vergüenza en sus megillas, pero siempre riendo y cuchicheando, esperan con ansiedad que vayan á buscarlas y.... feliz aquella que la sacan para bailar con su novio.

Este baile es muy sencillo y decente, y por su parte el comedimiento y moderacion de nuestros aldeanos, en general, causaria rubor á muchos hombres y mugeres de la alta sociedad.

¿Y sabeis por qué este respeto de nuestros campesinos á sus mugeres? Porque en el campo todos los hombres tienen su novia, y su novio las mugeres; esto es consiguiente; se aman como deben amarse, sin arrebatos de delirio, pero con cariño y verdad, y ninguno toleraria el menor descomedimiento con su amada; por esto son todas respetadas.

Segun avanza la mañana se llena la campiña; el tamboril se oye en todas partes; aquí y allí ciegos con violines, guitarras, flautas; mas allá aldeanos que lanzan al viento los alegres sonidos del albugue. Todo es bulla, regocijo y algazara.

Bajo una tienda dos novios beben sus secretos en el mismo vaso: en otra le comparte un padre con su familia; en aquella varios mozos entierran en sus estómagos el producto de una apuesta, y mas lejos, unas mozas reciben con faz placentera y rostros risueños los homenajes y obsequios de sus amantes.

Llegadas las diez, cesan las músicas, los bailes y las comidas, se vuelve á la iglesia á oír la misa mayor, y hasta concluida esta todo permanece muerto.

Pero entonces empieza de nuevo la bulla, y no cesa el baile hasta la noche.

Concluyó la misa. Hé aquí la hora solemne de la romeria... Donde quiera que uno se halle, atruenan sus oídos un rumor confuso de flautas, guitarras y tamboriles: por todas partes corros mas ó menos numerosos de bailes, juegos y comidas.

Y no es corta la parte que toman en ello los bilbainos y bilbainas, muy particularmen-

te nuestras criadas, dueñas y costureras, que se acicalan para estas fiestas con un entusiasmo febril, y á veces con mas gusto y aun lujo que sus mismas señoras.

Ellas bailan como desesperadas mañana y tarde, pero siempre con jóvenes de la villa, que si son largos en su dádivas, nunca se quedan cortos en las recompensas que piden.

A veces suelen tambien tomar una parte muy activa en la fiesta personas de mas suposicion, y no es difícil ver un corro de señoras y caballeros, que bailan y se divierten ni mas ni menos que el último de los aldeanos; y aun pudiera notarse alguna vez una agradable amalgama de damas y campesinos, aldeanas y caballeros. Hoy esto es muy raro ya, pues al paso que tiende el siglo á destruir las distinciones sociales, estas se separan mas, son mas señaladas, y nunca su lucha fué mas encarnizada.

Hemos oído á nuestros padres el poco caso que en su tiempo se hacia de estas preocupaciones, y de ahí que las romerías de entonces tuvieran un carácter tan general de alegría y contento.

Pero concluyamos este pobre cuadro.

Hubírame inspirado Noé para cantar las comidas (vulgo tascas) que se devoran bajo los anchos castaños, los tragos que se menudean, la zambra y algazara, las burlas y abrazos que alegremente se dan y alegremente se reciben, y tendria yo para llenar un volumen y el lector para leer hasta aburrirse. Pero faltándome la inspiracion agena, fuerza es que se contente con lo que le diga mi propia inspiracion, que es bien menguada.

A la tarde es ya aquello una república. El sol, las muchachas y el vino se meten muy fácilmente en los cascotes de los jóvenes, y.... entonces es ella.—Dá gusto ver las grandes meriendas que se improvisan bajo los árboles: las soberbias cazuelas de bacalao á la vizcaína con su salsa colorada por la colorada pimienta: la sabrosa merluza, que de fresca baila en las sartenes: los innumerables pollos y pollas condenados al martirio de san Lorenzo: la degollacion de corderos y carneros, liebres y gatos.... etc., etc.

Pero no es esto lo mejor, sino que para cada cazuela vereis una docena de mocetones y mocetonas que la rodean, dirigiendo á su fondo ávidas miradas, y manejando su mano (que hace de cuchara, tenedor y cuchillo) de la cazuela á la boca, de la boca á la cazuela.

Luego corre el jarro ó la bota todo el círculo, y ahí los teneis tan felices, sin pizca de filosofía, menudeando tantos tragos y abrazos como tajadas.

Los jóvenes bilbainos, que en todo meten baza, andan de Ceca en Meca cazando morenas, rubias, blancas y negras, que á todo se avienen, y en una parte cogen una flor para volverla á dejar en otra, allí un apretón de manos, aquí una coz, mas allá un beso y todo acompañado de otras fiestas, que no siempre son bien acogidas, y á veces de estas monadas, que ellos creen tan naturales, porque no conocen la susceptibilidad de nuestros aldeanos, se originan disputas que pudieran tener graves consecuencias, y que gracias al regocijo general se acaban siempre bebiendo en un mismo vaso el ofensor y la ofendida.

Entretanto los aldeanos y aldeanas no paran un solo momento su baile, cuidándose muy poco si riñen, miran, rien ó burlan á su alrededor.

Las bilbainas tampoco pierden el tiempo, pero pierden á veces sus trages tan bellos, su salud nunca fuerte, y su alma, que es de vidrio, quiero decir, muy frágil y quebradiza.

Los ciegos cantan, los niños juegan, los mozos comen, beben y bailan, los viejos charlan de sus hijos é hijas, de sus yuntas y heredades, y el día pasa veloz entre brincos, chispas y alegrías.

En medio de este estruendo infernal la noche se acerca y el tamborilero toca retirada. Entonces se dan las manos los jóvenes y las doncellas, y hacen un ancho círculo que gira velozmente al compás del instrumento, entre los tropiezos, empellones, caídas y risotadas de unas y otros.

Luego que este violento ejercicio les deja cansados y jadeantes, toca el tamboril el último golpe, en el instante mismo que suena el primero de las oraciones...

En aquel mundo creyente y sencillo, todos respetan este momento, que nosotros ni siquiera lo percibimos: todos se descubren: los jóvenes se quitan sus boinas y el sombrero de embudo los ancianos, y rezan con verdadera devoción el *Ave María*, en que les acompañan sus mugeres. Este es el último adiós de la *romería*.

Cumplido este deber se retiran todos con el mismo contento que habian traído. Los jóvenes tomándose la libertad que la fiesta les concede, van delante tiernamente enlazados sin afectar al decoro, y en pos siguen los padres haciendo votos por ellos, y deseándoles mil prosperidades.

Y en el silencio de la noche se oye el alegre *ujujú*, que el eco repite en todas las montañas, lánguido y apagado, como la última espresión de regocijo de un día. Y entre las sombras

que el campo envuelve, oculta el joven á su amada para exigir el beso de despedida que escapa furtivamente de sus labios, cuando no es suspendido por la voz de los padres que estrañan su desaparición.

¡Adios cantos, músicas y bailes!

¡Adios risas, contento y alegría!

¡Todo ha muerto porque todo muere con la noche!

Hé aquí mi cuadro: rápido como el tiempo con que cuento y corto como el espacio de que dispongo. Los que no le conozcan (que no serán todos) que vean el original, que es cosa fácil y cuesta poco.

GABRIEL DE BENGOA.

Fragmento de un poema intitulado

LA TURRONEIDA.

CANTO LXXXVI.

Lució por fin la suspirada aurora,
Del veinte y cuatro conduciendo el día.
Perlas de mazapan y almíbar llora
Demostrando *dulcisima* alegría.
Al verla el astro que las cumbres dora,
En un *raglan* de nubes se escondía,
Y, efecto acaso del dolor profundo
Se le fueron las aguas por el mundo.

No el aura susurrando entre las flores
Sus perfumes suavísimos llevaba,
Ni las quejas de cándidos pastores
Ni el canto de las aves imitaba;
Con ecos de gacznates vendedores
Las públicas orejas atronaba,
Y allá á lo lejos sin cesar rimbomba
El ronco son de impúdica zambomba.

Jamás con fuerza igual en la Crimea
El eco resonara por los valles,
Cuando llama el tambor á la pelea
Al hijo de Albion ó de Versalles,
Como aquí cuando el párvulo meneas
Su redoblante parche por las calles.
Ven, Herodes, degüella á esos perversos
Y te diré *magnánimo* en mis versos.

Mas ¡ay! feliz edad que gozas tanto
En imitar la voz de la cigarra,
Con esa piel de pastoril encanto
Que venden bajo el nombre de chicharra.
¡Dichosa edad, que bañas en tu llanto
El traje que tu cólera desgarras,
Por montar de carton en un Babiéca
O rascar del rabel la panza hueca!

Tú, que de tantas bocas pequeñuelas
El *caro* nombre de papá recibes,
Si en completa salud guardar anhelas
El ya flaco bolsillo de que vives,

No al pié de Santa Cruz pongas las suelas,
Que tus nenes allí serán caribes;
Déjate de comprarles baratijas;
Comprar novio es mejor para tus hijas.

¡Cuál unidas allí las artes bellas
Eleven infantiles monumentos!
A modo de artesones ó gamellas
Alzanse de papel los nacimientos:
Casas, pastores, magos y doncellas,
Y camellos y fuentes y jumentos,
Pegados bajan por distintos puntos
Al portal de Belen rodando juntos.

¿Os gustan esos montes y esas breñas,
Niñas, que tanto los estais mirando?
Rubias, morenas, altas y pequeñas,
Mas vosotras á mí me vais gustando.
Venid, venid, hermosas madrileñas,
De la plaza Mayor al suelo blando,
Pulcras, haciendo ver, por miedo al agua,
Los blancos picos de la limpia enagua.

De la plaza Mayor venid al centro,
Donde se alzan espléndidos montones,
Al oro por afuera y por adentro
Imitando naranjas y limones.
Saldrán de vuestros pasos al encuentro
Postizos pirineos de piñones,
Mientras con cuerda vil, preso y esclavo,
La tierra besa el inocente pavo.

Y tú tambien, ¡oh rey del gallinero!
Cuando ronca la voz, la pluma hueca,
Señor de veinte damas altanero.
A cada cual tuviste siempre llueca,
¿Quién pudiera pensar que vil logrero
Te llevara en Madrid de Ceca en Meca,
Y de ex-gallo el apodo te pusiera,
Y por capon ¡oh mengua! te vendiera?

De nuestra España el centro y los confines
Tienen allí cuanto su fama abona;
Duras, cual berroqueños adoquines,
Sus dulces masas remitió Jijona:
Granadas Murcia, honor de sus jardines,
Y de palmas gentil rubia corona;
Búrgos y Asturias regalado queso;
Toledo mazapan con oro y yeso.

Con sardinas Galicia en limpias latas
Nos mandó sus bucólicos hechizos;
Málaga con sus pasas y batatas,
Candelario en guirnalda de chorizos;
Las riberas al Bétis inmediatas
La oliva, honor de sus lozanos rizados;
La Mancha vinos y la Alcarria nueces,
Las selvas caza y los estanques peces.

¡Hélos allí! tendidos sobre nieve
Los hijos del imperio de los mares,
El purpúreo salmon, merluza leve
Y arjentadas sardinas á millares;
Tumba modesta les darán en breve
Paisanos en su vientre ó militares.
¿A quién en noche tal cenar no plugo
Con limon y laurel blanco besugo?

¿Visteis alguna vez astuto gato,

Cuando su rabo esponja y enarbola,
Andando eu torno de cubierto plato,
Cual le consuela su fragancia sola;
Y alza el hocico y olfatea un rato,
Y se lame los labios y la cola,
Y del hirviente caldo al dulce arrullo
Exhala melancólico mauullo?

Tal quien vive en la tumba de cesante
Sin llenar un rincon del presupuesto,
Admira por detrás y por delante
Las bellezas sin fin de cada puesto;
Y contempla el mejor por un instante,
Y arrepentido pasa al mas modesto,
Y grita hiriendo con el pié las cuñas.
"¡Si tuviera un ministro entre mis uñas!"

No hay amores allí; y en vano aliñas
De tus barbas ¡oh jóven! los pensiles;
Poco verás danzar graciosas niñas;
Huecas en faldas, cortas en abriles;
Campo es aquel de discusion y riñas
Y de graves asuntos mercantiles.
¡Redoblando el tambor en aquel corro
No veis de Venus ocupado alorro?

Mas ya el sol alumbrando las veletas
Se baja á dar un beso al Manzanares;
Madrid de gas enciende los planetas
Y la noche pigmeos luminare;
Nacen do quier borrachos como setas;
Resuenan almireces á millares....
Musa, no soples mas; que ya me callo
Y á la misa á rezar me voy del gallo.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

EL SUICIDIO.

*Rebus in adversis facile est contemnere vitam:
Fortiter ille facit qui miser esse potest.*

(MARCIAL.)

Fácil es el morir al desdichado;
Aquel que sufre y vive es esforzado.

Cuando una enfermedad epidémica invade uno ó mas países, el mundo científico y oficial toma acta de sus progresos, procura averiguar su origen, trata de contener sus estragos. ¡Cuántos escritos sobre el cólera morboasiático, cuántas medidas mas ó menos absurdas para evitar su propagacion! Todo inútil, es cierto; pero al menos la ciencia y los gobiernos en general han hecho prueba de buena voluntad, y si el mal es superior á los conocimientos de la época, esta no puede ser acusada de indiferencia.

Si de la terrible epidemia pasamos á observar cualquiera otra enfermedad, veremos la propia solicitud: gobiernos, academias, corporaciones científicas, ofrecen á porfía premios

honoríficos y pecuniarios al que liberte á la humanidad de sus males *físicos*; el siglo XIX no desmiente en ninguna circunstancia su tierro cuidado por todo lo que es material. ¿Y las enfermedades del corazon? ¿Y los males del alma? De los que nacen, viven y mueren en ella, sofocados por el pudor, por el desden ó por la indiferencia, no queremos hablarlos, filósofos utilitarios, que intentais embellecer el egoismo con la aureola de la razon; de los males del alma no os hablaremos cuando sus resultados no sean *materiales, tangibles*. Pero ved aquí uno que produce sangre y víctimas, es decir, cadáveres, y al lado de las fúnebres tablas de mortandad esplicadas con inflexible lógica por la miseria física que se llama *hambre*, otro nuevo Malthus puede erizar de números un tratado de la miseria moral que se llama *suicidio*. En buenos principios de economía política, un hombre válido y educado que sucumbe es una *pérdida* para la sociedad; los suicidas están todos en este caso. y despues de sumar y restar lo necesario, resulta que nosotros los espiritualistas, los visionarios, los poetas, los locos, los que admitimos un nombre cualquiera como bueno, siempre que sirva para que con vosotros no seamos confundidos, resulta, decimos, que con vuestro código en la mano tenemos derecho á que nos escuchéis si os hablamos de *suicidio*: y no parece exorbitante pedirnos contra esta calamidad la vigésima parte de la solicitud que empleais para destruir el *oidium*.

Nuestra pretension os admira. Qué habeis de hacer contra el suicidio toda vez que no se puede castigar al suicida? Ciertó. Habiamos olvidado un momento que en tratándose de crímenes solo sabeis castigar, que evitar y preveer no es vuestra mision. ¡Y no obstante, habia cosas tan fáciles que podian hacerse con solo quererlo! ¿No os parece que deberian prohibirse esas relaciones detalladas con que los periódicos ponen de manifesto medios de ejecucion ignorados del lector, en que se enaltecen las virtudes y el talento del suicida, en que se muestra hácia él simpatía y admiracion, mal encubierta no pocas veces, y en que si se reprueba su crimen es con algunos lugares comunes amanerados y siempre los mismos, que se conservan como conserva la curia la fórmula de *curando lo necesario* y otras que nada significan ya?

En los momentos en que escribimos estas líneas llega á nuestra noticia el suicidio de un hombre «buen padre (habla un periódico), buen esposo, buen amigo, cumplido caballero, afortunado siempre en todas sus especulaciones, y que una pequeña pérdida de inte-

reses ha conducido á la desesperacion y al suicidio." El caso se refiere con marcada muestras de simpatía hácia la víctima. ¿Concebís muchas acciones mas despreciables que las de este hombre que por un poco de oro mas ó menos deja viuda á su esposa y huérfanos á sus hijos?

El que envuelto en el fatal torbellino de la mala educacion, del mal ejemplo y de la miseria, roba dinero, la ley le castiga, la opinion le condena; al que mas favorecido de la fortuna roba á la sociedad su existencia que podia serle útil, le da un perverso ejemplo y lleva el llanto y la desolacion, no al seno de familias indiferentes, sino al de la suya propia; á este que abandona al hijo á quien debia apoyo, á la madre que se le dió á costa de tantos sacrificios, la sociedad le compadece, le elogia, le honra! ¿Cómo habeis podido estraviar hasta tal punto la opinion, apóstoles del interés bien entendido?

El número y la clase de los suicidas asusta, la indiferencia de los gobiernos admira. ¿Por ventura el mal carece de remedio? Seguramente que no. Las dolencias morales no son nunca de necesidad contagiosas; si se generalizan es por culpa de los hombres; de los hombres, ciegos é injustos acusadores de la Providencia cuyas leyes ignoran. La ley del bien es la generalidad, la del mal el aislamiento, porque toda mala accion es un acto de egoismo. El gobierno ó el escritor al afirmar que un mal es inevitable, ofenden á Dios y á la razon, queriendo apoyar en una ley providencial su culpable abandono. La existencia del mal es un misterio; su propagacion lejos de ser inevitable es un crimen que las sociedades espian cruelmente. La nuestra no elude la terrible ley, ¿mas á quien dirigirse para evitar, para paliar siquiera sus dolorosas consecuencias? En esta época no hay mas que un poder fuerte, la opinion: á ella pues es preciso hablar. Resta saber el cómo.

Si para apartarle de una mala accion decís á un hombre que es pecado, os contestará con una sonrisa entre compasiva y desdenosa; si le decís que falta á su deber, os recitará mas ó menos desfigurados algunos artículos de ese código fatal, del interés bien entendido, que ha llevado á *razonar* lo que era menester *sentir*, y que en la práctica del mundo ha venido á ser la moral del egoismo mal entendido. No hay que invocar pues contra el suicidio, ni la religion que no se acata, ni la moral que se discute; no hay que invocar tampoco la razon fria para los que no pueden abarcarla en toda su estension inmensa, y que pudiera compararse al sol visto desde un pozo profundo

que deslumbra sin dar calor. Defendamos la moral con armas análogas á las que sirven para atacarla. Por ventura, la perniciosa falange de hombres y mujeres *no comprendidos* ¿ha inoculado con razones el virus del suicidio? ¿No da por argumentos ejemplos, por demostraciones afectos, por convicciones modos de sentir? No perdamos pues el tiempo en frios razonamientos.

Madama Staël, á pesar de su genio, escribe inútilmente sobre el suicidio. Lo que dice como suyo está bien pensado y bien dicho, es un tratadito clásico y académico, muy á propósito para convencer á los que no lo necesitan, una disertación sobre el suicidio para uso de los dichosos que no han pensado nunca en matarse. Pero los que han sufrido, y sufrido mucho y por mucho tiempo, y los que han resistido mas de una vez á la terrible tentación de *descansar*, los que han puesto su existencia en la balanza del entendimiento, saben que no basta arrojar en ella la razón para que se incline del lado de la vida. La máxima absurda en medicina *similia similibus curantur*, es cierta en moral; los afectos no pueden combatirse sino con afectos, y todos los argumentos contra el suicidio pueden darse por esta sublime exclamación de Rousseau:

“Quieres dejar de vivir; pero yo quisiera saber si has empezado. ¡Cómo! ¿Has sido colocado sobre la tierra para no hacer nada? ¿No te ha impuesto el cielo con la vida una misión que llenar? Si has terminado tu tarea antes del anochecer, reposa el resto del día: bien puedes hacerlo; pero veamos tu obra. ¿Qué respuesta darás al ser supremo cuando te pida cuenta de tu tiempo? ¡Desdichado! ¿Dónde está el justo que se precia de haber vivido bastante? Sepa yo de él como es preciso haber soportado el peso de la vida, para tener derecho á dejarla.”

“Enumeras los males de la humanidad y dices:—La vida es un mal.—Pero mira, investiga en el orden de las cosas, si hallas bienes que no estén mezclados con males. ¿Quiere esto decir que no hay bien alguno en el universo, y puedes confundir lo que es malo por naturaleza con lo que es malo accidentalmente? La vida pasiva del hombre no es nada, y solo tiene relación con un cuerpo de que se verá libertado muy pronto; pero su vida activa y moral que debe influir en todo su ser, consiste en el ejercicio de su voluntad. La vida es un mal para el malo que prospera, y un bien para el hombre bueno y desgraciado, porque no es una modificación pasajera, sino una relación con su objeto que la hace buena ó mala.

“Te fastidias de vivir y dices:—La vida es un mal.—Tarde ó temprano te consolarás y dirás entonces:—La vida es un bien.—Serás mas exacto sin razonar mejor, porque solo tú habrás cambiado. Cambia, pues, desde hoy, y puesto que el mal está en la disposición de tu alma, corrige tus pasiones, y no quemes la casa por no tomarte el trabajo de poner orden en ella.

“¿Qué son diez, veinte, treinta años para un ser inmortal? El dolor y el placer pasan como una sombra; la vida desaparece en un instante, nada vale por sí misma, su precio depende del empleo que de ella se hace. El bien que se ha hecho es lo único que queda; y por él vale algo. No digas, pues, que la vida es un mal, cuando de tí depende que sea un bien, y si es un mal haber vivido, no digas por eso que es permitido morir; tanto valdria afirmar que te es permitido no ser hombre, revelarte contra el autor de tu existencia, y burlar tu destino.

(Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

El mundo es uno de los enemigos del alma.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

